

**PAISAJES, PATRIMONIO, IDENTIDAD
Y MEMORIA**

***Reflexiones y (Re) Significaciones
desde el presente***



HUMANITAS

**UNIVERSIDAD NACIONAL
DE TUCUMÁN**

RECTOR

Ing. Sergio José Pagani

VICERRECTORA

Dra. Mercedes Leal

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

DECANO

Prof. Sergio O. Robin

VICEDECANA

Mg. Nélide A. Sibaldi

SECRETARIO ACADÉMICO

Prof. Irene Josefina Lanzi

DEPARTAMENTO DE PUBLICACIONES

DIRECTORA ACADÉMICA

Dra. Elena Acevedo

COORDINADOR

Daniel Ferullo

CONSEJO ASESOR

Lic. María Eugenia Bestani

Mg. Ana María Blunda Grubert

Dra. Sandra D. Faedda

Dra. Valeria Mozzoni

Mg. María del Huerto Ragonesi

Prof. Sergio Jeréz

Prof. Sonia Saracho

Prof. Fabián Silva Molina

Lic. Noemí Liliana Soraire

***PAISAJES, PATRIMONIO, IDENTIDAD
Y MEMORIA***

***Reflexiones y (Re) Significaciones
desde el presente***

Dra. Jacqueline Salim Grau
(Compiladora)



HUMANITAS

Facultad de Filosofía y Letras
Universidad Nacional de Tucumán

SURCANDO LOS SENDEROS DEL AZÚCAR. LAS COLONIAS DEL INGENIO SANTA LUCÍA. DPTO. MONTEROS, TUCUMAN

Constanza Cattaneo

*Las colonias, desde la 1 hasta la 7, eran tantos sentimientos,
que convertían los campos en verdaderas colmenas humanas,
libando la miel en los cañaverales,
que extienden su verdor desde el llano hasta colgarse de las primeras lomadas.
Era de ver, en esos años, el polvaderal de los sembradíos,
flotando en el atardecer,
tanto en tiempo de cultivo como de zafra, arados, rastras y carros,
todos tirados a mulas, cruzaban, incesantes, los callejones por entre los
tablones.
La vía, el bullicio y el tumulto de las colonias,
poblaba de voces campesinas los campos en flor,
desde el alba grande hasta la puesta del sol.*

—Pedro Barrientos, junio de 1966

Introducción

Este trabajo es un fragmento de una exploración mayor parte de mi investigación doctoral sobre los espacios de confrontación y desaparición en el poblado de Santa Lucía en el departamento de Monteros-Tucumán en las décadas de 1960 y 1970. En estas páginas me centraré en analizar un aspecto de la historia del ingenio azucarero y sus alrededores muy poco ahondada: la historia de las colonias azucareras vinculadas al ingenio y la vida de sus habitantes: las familias trabajadoras del surco. Mediante un trabajo con fuentes documentales, de prospecciones y relevamientos arqueológicos y el trabajo etnográfico me propongo reconstruir un poco de la

vida cotidiana de los habitantes de las numerosas colonias de los alrededores del poblado de Santa Lucía en el Departamento de Monteros en el sur tucumano.

1. La agroindustria azucarera

En el último cuarto del siglo XX la historiografía latinoamericana revitalizó el estudio de los mundos del trabajo desde múltiples perspectivas. Una de las aristas de esta renovación fue la reducción de la escala de observación: estrategia metodológica que al volver la mirada sobre comunidades laborales particulares hace foco en una fábrica, en un taller, en un pueblo azucarero o una colonia, supone recuperar experiencias invisibilizadas en los estudios que abordaron a los trabajadores (Lichtmajer, 2016).

Para poder entender la magnitud de la crisis generada por el cierre de los ingenios en 1966, hay que adentrarse en comprender el rol de importancia que los mismos jugaban en la vida socioeconómica de la provincia. En sus inicios, el desarrollo de la producción azucarera estuvo signada por las confrontaciones sociales que tuvieron lugar en nuestro país hasta pasada la primera mitad del siglo XIX.

La constitución del estado provincial, y sus referentes políticos, estuvo teñida de la impronta que esta agroindustria tuvo. Las clases y fracciones de clase más importantes que se hicieron presentes en la estructura económica de la provincia se conformaron y desplegaron alrededor de la producción azucarera (Crenzel, 1997). Desde sus comienzos los ingenios se constituyeron en espacios cruzados por intereses contrapuestos, depositarios de numerosos significados en conflicto y negociación, espacios donde se dirimían disputas entre la burguesía y el proletariado tucumano.

Los propietarios de los ingenios tucumanos también poseían importante cantidad de tierras, sin embargo, la principal parte de sus ingresos provenía de la explotación de mano de obra asalariada en sus fábricas. Esta mano de obra se constituyó en un importante mercado laboral del que participaban- aparte de la los trabajadores

tucumanos -, una significativa cantidad de trabajadores golondrinas de las provincias vecinas-mayoritariamente semi-proletarios de origen campesino- e inmigrantes extranjeros (Nassif, 2012). Reforzaron la mano de obra local enviando agentes policiales a Santiago del Estero y Catamarca para reclutar familias indígenas, la mayoría de los cuales eran obreros no especializados, analfabetos y pobres (Guy, 2008). También los valles tucumanos, Amaicha del Valle y Tafí del Valle, se constituyeron desde los inicios en zonas “satélites” de los centros agroindustriales con la función del aprovisionamiento de mano de obra para el trabajo temporario (Isla, 2003).

Un rasgo distintivo de la estructura agraria de la provincia de Tucumán fue la existencia de distintos tipos de cañeros: desde pequeños y medianos propietarios, hasta tenedores de grandes cantidades de tierra y productores capitalizados. Este tipo de estructura de la producción azucarera fue diferente al impuesto en Jujuy y en Salta, donde los propietarios de los ingenios eran a su vez grandes terratenientes y la caña se cultivaba mayoritariamente en sus propias tierras.

Esta agroindustria se ubicó geográficamente en dos lugares estratégicos: un núcleo concentrado en la zona del noroeste, cercano a la capital de la provincia, y otra zona extendida a la vera de la ruta nacional 38, desde la capital hacia el sur-oeste de la provincia. Esto generó núcleos poblacionales en torno a los cuales se conformaron importantes pueblos y ciudades en el interior de la provincia (Nassif, 2012). La proximidad de las tierras cañeras a los ingenios se traduce en una alta concentración proletaria, hacia 1966 en la provincia había 35 trabajadores por cada 100 ha alrededor de los ingenios y se constituían en verdaderos pueblos obreros (Crenzel, 1997).

El espacio así se reorganizó en torno a “áreas centrales” (los epicentros productivos) y “áreas satélites” (las zonas que se articularon con las primeras como proveedoras de mano de obra). Se redefinieron también las relaciones de poder a partir de la conformación de una burguesía del azúcar; las migraciones intrarregionales se hicieron intensas, acentuando antiguos desequilibrios demográficos y generando otros nuevos.

El establecimiento de un ingenio moderno implicó una radical transformación del paisaje, los bosques y el monte fueron reemplazados por una alfombra verde de cañaverales, la traza de caminos se modificó tajantemente, se abrieron nuevas redes de canales de riego, nuevas vías de ferrocarril, y así gradualmente se fue modificando el paisaje tucumano. Así como los caminos y las vías férreas, hombres y mujeres de los más variados orígenes y condiciones confluyeron en estos establecimientos fabriles, en torno a los cuales se levantaron los nuevos e improvisados pueblos (Campi, 2009).

En lo social, los cambios también fueron profundos, la comunidad laboral reconocía en la fábrica su epicentro, este escalafón laboral se trasladaba a la vida cotidiana, lo que formó una sociedad de clases donde arriba estaba el administrador, luego los jefes jerárquicos, los empleados administrativos, los obreros fabriles y los peones de surco, que trabajaban los cañaverales. Esta configuración socio-laboral culminaba con los obreros temporarios, quienes llegaban de las provincias vecinas, y de la zona de los valles, para la época de cosecha (zafra) que se extendía entre mayo y principios de octubre (Lichtmajer, 2016). Estas desigualdades se proyectaron en la particular conformación de los pueblos azucareros, cuya fisonomía condensó el universo de jerarquías y de desigualdades sociales.

Estos pueblos de ingenios pusieron en relación múltiples espacios, algunos incompatibles entre sí. Organizados en torno a los trapiches para la elaboración de azúcar, se incluían los terrenos para la producción de caña de azúcar y la provisión de mano de obra tanto para el campo como para la fábrica. La estructura de los pueblos tiene su origen en la organización de la estancia, donde las edificaciones se estructuraban alrededor de un espacio abierto: el patio de labor. Después se convirtió cuando pasa a la etapa “fabril”, en el canchón del ingenio, que con el paso del tiempo se irían adosando nuevas edificaciones enriqueciéndose según las necesidades de la industria y donde la forma resultante del conjunto no respondió a un diseño previo (Paterlini de Koch, 1986).

Para entender la conformación territorial de los ingenios, hay que saber el historial de adquisición de las tierras por parte de los propietarios. Estos no tuvieron terrenos perfectamente integrados, fueron espacios que tuvieron cierto grado de fragmentación interna. Esta situación respondía al hecho de que los propietarios fueron adquiriendo diferentes fincas, en distintos momentos, que no siempre eran colindantes. Así el espacio de cada fábrica se fue conformando con la compra de diversos terrenos que se trataba tuvieran la mayor cercanía, buscando la mayor integración posible. Estas fincas tenían una población de colonos y su función principal era proveer de caña a la fábrica (Vidal Sanz, 2013).

El cañaveral se organizaba en parcelas llamadas lotes o colonias, según las zonas, e incluía precarias viviendas para los trabajadores, en su mayoría obreros golondrinas que llegaban a los ingenios en la época de la zafra. Esa fuerza laboral en muchas regiones de Latinoamérica estuvo compuesta por aborígenes de distintos grupos, campesinos locales y otros que llegaban desde otras provincias, a la vez que incluía mujeres y niños (Guzmán, 2018).

La colonia era una forma de producción y tenencia de la tierra propia de los ingenios azucareros, el colono recibía un determinado número de surcos y se le adelantaba lo necesario para el cultivo a un interés convenido por contrato. En 1895 se encontraban funcionando 240 colonias, que producían el 36% de la totalidad de la cosecha de la caña, número que con los años fue mermando (Paterlini de Koch, 1986).

Estas tenían un uso del espacio diferente al del pueblo entorno a la fábrica, el asentamiento rara vez poseía una estructura planificada, y si a diferencia un orden que se generaba espontáneamente. Era el resultado de la instalación de edificios para viviendas, galpones para instrumentos de trabajo, y de cuartos para los obreros transitorios que se levantaban según la necesidad de mano de obra para la cosecha y para lo cual se preveían áreas despejadas. Estos edificios se emplazaban en un terreno limpio, cercado algunas veces en su perímetro por un alambrado, pero en la generalidad de los casos, el cañaveral señalaba el límite

de la zona edificada. Algunas colonias, no todas, poseían una proveeduría donde la población se abastecía de alimentos y otros insumos. Muchas de ellas distante de los centros urbanos y del propio ingenio, las condiciones de abastecimiento empeoraban (Gutiérrez, 2014).

La vivienda del capataz era el edificio de mayor jerarquía dentro de la colonia, en él se realizaban también las funciones de administración. Las viviendas de los colonos permanentes eran similares a las que construía el ingenio para sus obreros de fábrica. Se trataba de una o dos habitaciones, una galería y un volumen adosado a manera de cocina. Los locales para baño eran independientes a la vivienda. Las casas se estructuraban en forma lineal a lo largo de un camino provincial que las vinculaba con el pueblo del ingenio o con los cargaderos, adonde se derivaba la producción de la colonia. Para los obreros transitorios se construían “cuartos”, que estaban constituidos por una habitación y galería, agrupados de ocho a diez, conformando tiras que se emplazaban generalmente en lugares secundarios con respecto a las viviendas de los obreros permanentes y a las vías de comunicación, estas en la mayoría de los casos se encontraban realizadas con el despunte de la caña de azúcar a modo de “chozas” (Paterlini de Koch, 1986).

No existía una trama de circulación en las Colonias. La principal comunicación era el camino de tierra intransitable en época de lluvia, y en algunos casos la única, las calles secundarias si existían eran mínimas y carecían de identificación específica.

La situación habitacional de los obreros permanentes de surco, era más desfavorable que la de los obreros de fábrica. Las casas de material en las colonias se fueron construyendo lentamente y contaban con menos comodidades, además de la gran distancia que las separaba del pueblo y por ende de los servicios que allí se brindaban. Estos trabajadores contaban con muy escaso tiempo libre, su jornada de trabajo se extendía de sol a sol. Al ser un trabajo a destajo, se cobraba por “tarea”, recibiendo el pago por tonelada de caña cortada, pelada y cargada. Había que aprovechar la luz y echar mano al trabajo de esposas e hijos para completar un jornal razonable (Centurión, 2001).

Con el tiempo la tenencia de la tierra fue cambiando, en la década de 1930 se manifestó la necesidad de precisar el área exterior perteneciente a cada edificio- especialmente para las viviendas- en función de fijar límites para poder transferirlos a las familias que los habitaban. Esto fue mutando hasta la actualidad, en donde en algunos pueblos las mayorías de los ingenios han vendido a los obreros las tierras donde se estaban emplazadas sus viviendas y el área pública, ha sido transferida al estado generando la conformación de organizaciones gubernamentales a manera de comunas rurales (Paterlini de Koch, 1986).

El tiempo al interior de los pueblos estaba marcado por las etapas de producción en la fábrica y de plantación y cosecha en el surco. En el periodo de zafra, la vida estaba regida por los turnos regulares que ordenaban la actividad del ingenio. La vida familiar, los proyectos personales o actividades como el arte y el ocio quedaban suspendidas por el ritmo del trapiche. Todo se organizaba en función de la zafra. Al interior de las familias obreras, los quehaceres de las mujeres se adaptaban a los horarios de sus compañeros; éstas debían servir las comidas en los momentos determinados por el ritmo laboral y hasta llevarlas a los lugares de trabajo (Campi, 2009).

Aun cuando todo el grupo familiar trabajaba, el salario era escaso y, muchas veces, no llegaba a cubrir ni siquiera las necesidades básicas. Beatriz recuerda que en su casa siempre almorzaban guiso y cuando podían le agregaban carne; desayunaban mate cocido, a veces sin pan. Este sector de temporarios era parte del proletariado rural, desposeídos de medios de producción, disponiendo solo de su fuerza de trabajo para vender junto a la de su prole (Nassif, 2021).

Tal rutina imponía un orden, una disciplina. Otros elementos actuaban en la misma dirección, reduciendo las posibilidades de los trabajadores de actuar al margen o contrariando las normas establecidas. Estas medidas formaban parte de una dinámica de relaciones paternalistas, en las que el patrón o los administradores de las empresas combinaban favores con reprimendas y sanciones, algunas inusualmente duras como castigos corporales. Las empresas cuidaban con celo que la presencia de extraños no

perturbara el normal desenvolvimiento de las actividades y el orden dentro de sus propiedades, todo era propiedad del ingenio. Decimos pueblos “de” ingenios ya que la propiedad de las tierras, las casas, la fábrica constituyen una unidad indivisible propiedad del ingenio. Las situaciones de conflicto, fractura o quiebre involucraban a la totalidad. Ese objetivo regimentador apuntaba, a todas las esferas de la vida cotidiana de los pueblos.

Sin embargo, como plantea Campi (2009), el disciplinamiento conseguido siempre fue relativo. Desde la cotidianeidad, donde muchas de las manifestaciones de la sociabilidad obrera que eran cuestionadas por el discurso “civilizado” de las élites, como el juego de la “taba” y las riñas de gallo, que jamás fueron erradicadas. La construcción de espacios de organización creciente como los sindicatos, hasta la confrontación directa en las revueltas de trabajadores, que marcaron la historia de la industria. Esto evidencia la creatividad inagotable de los hombres y mujeres de los pueblos azucareros que, en un marco muy condicionante, pudieron construir espacios en los que se expresaron con relativa libertad en el ámbito de la religiosidad, de la recreación y de la acción política y sindical (Campi, 2009; Landaburu, 2015; Paterlini de Koch, 1986).

2. El ingenio Santa Lucía

En el caso particular del ex Ingenio Santa Lucía, se desarrollaron una serie de trabajos que reconstruyeron la trayectoria a nivel histórico. Son los trabajos desarrollados por Lucía Mercado donde a lo largo de una serie de tres libros relata la historia del Ingenio Santa Lucía (2003, 2005, 2007). A partir del año 2008 comenzó mi investigación en la zona de Santa Lucía que se volcaría en la tesina de grado y posteriormente en el trabajo doctoral, donde me centre en el uso del antiguo casco de ingenio como Centro Clandestino de Detención durante la última dictadura cívico militar.

La historia del poblado se inició con la fundación del ingenio Santa Lucía el 7 de noviembre de 1882 por José Federico Moreno, Gerardo Constanti y Félix Aguinaga. Tras esta primera asociación y con la muerte de Constanti en 1884 en el marco de la crisis que

vivía la industria azucarera en esos años, en 1887 Félix Aguinaga vendió su parte del Ingenio a J. F. Moreno quien quedó como único dueño.

Años más tarde, en un remate en 1907, el ingenio fue comprado por la “Compañía Azucarera Santa Lucía” constituida por los señores: Brígido Terán, Eudoro Avellaneda, José Frías Silva, Evaristo Etchecopar, Guillermo Erdmann, Pedro Chenaut, Ricardo Frías, Lucas Zavaleta, Julio Cainzo y Jerónimo Helguera. Al igual que el resto de los ingenios, los mismos se conformaron por una serie de familias configurándose un sistema constituido por redes de parentescos de familias tradicionales (Guy, 2008; Campi y Bravo, 1999). Todos los integrantes de la Compañía eran del ambiente de la industria, vinculados con la clase gobernante, y ya tenían algún ingenio azucarero o formaban parte de alguna sociedad, incluso algunos eran familiares entre ellos como por ejemplo Eudoro Avellaneda cuñado de Evaristo Etchecopar (Mercado, 2003).

Figura N° 1.

Fotografía Aérea del poblado de Santa Lucía, año 1955.

Casco del ingenio y alrededores



Fuente: Lucía Mercado (2003)

La constitución del ingenio y del poblado adyacente se fue dando gradualmente. En sus comienzos, el poblado lo formaron la fábrica y alrededor de esta una serie de casas. El grupo de viviendas inicial estaba constituido por una casa para empleados, de doce piezas; siete viviendas más precarias- "*ranchos*"- de dos piezas, de ladrillo y barro con techo de paja para peones y ocho viviendas de una pieza de iguales características. También se encontraba una casa con mayor cantidad de habitaciones para obreros, de ladrillo, barro y techo de paja (Mercado, 2003). Esta plana inicial se fue modificando con los años, pero constituyó el trazado inicial con lo cual el poblado fue creciendo.

A partir la creación de la "Compañía Santa Lucía" en el año 1908, bajo la administración de Carlos Elwart se avanza en la comunicación férrea de la fábrica con el resto de las líneas. Se realiza la instalación de la línea que vinculaba Acheral con Santa Lucía y una serie de ramales adyacentes que vinculaban con las colonias de Santa Elena, Caspinchango y Santo Domingo. Es en estos años que se consolidó también el camino de tierra a Acheral y se iniciaron los trabajos del camino de ascenso a los valles. Elwart fue uno de los administradores que más tiempo estuvo en ese puesto y uno de los testigos de la mayor extensión territorial del ingenio, con la compra de tierras hasta Acheral, San Gabriel, San José de Flores y Los Sosa (Mercado, 2003)

Poco a poco comenzó la urbanización del pueblo, la abertura de calles, la construcción de la mayor parte de las viviendas, se produjo la instalación el correo y la creación de la escuela Benjamín Zorrilla en el año 1910. Como la mayor parte de los pueblos azucareros, el centro del poblado lo constituyó la fábrica, solo que, en este caso, la Cía. azucarera Santa Lucía se organizó espacialmente en base a una tipología en cruz. El centro estaba constituido por el ingenio y sus anexos; continuando hacia el sur se emplazaron en esta directriz los servicios comunitarios de mayor envergadura: la escuela, el Club Social, la cancha de futbol y el hospital. Sobre el eje oeste-este se instalaron fundamentalmente las viviendas de los obreros permanentes (Paterlini de Koch, 1986, pp. 58)

Con la creación de la Cía. Santa Lucía, se produce también un crecimiento de los terrenos propiedad del ingenio, a las Colonias ya existentes se van a sumar la compra la “Estancia Los Sosa”, la finca “La Sofía” de Santa Elena en el año 1915, y las tierras de Leandro Aráoz, denominadas “Campo de Zerda, 1° distrito de Monteros” en el año 1917. Ese mismo año, continuó la ampliación y se compra una finca en sucesión de Clodomiro Hileret. También se suman las fincas de los Sres. Yanicelli y el Sr. Juan V. Araoz, restos de la estancia del Sr. Delgado, al oeste, Este y Sur (Mercado, 2003).

Hacia la década del 20 se amplían las edificaciones con la construcción de más oficinas, más viviendas y el Ingenio también amplía sus instalaciones construyendo más galpones para la fábrica. Comienza la construcción de nuevo salón para depósitos de azúcar y la segunda chimenea en 1919. Hasta los años 1930, relata Lucía Mercado (2003), el monte llegaba lo que era la leñera ya hasta detrás de los pabellones, hasta casi el fondo de las casas. Alrededor del año 1937 se construye en el pueblo el Club Social, el primer hospital y la Iglesia del pueblo y poco a poco se va configurando el poblado impulsado desde la instalación de la fábrica azucarera.

3. Las colonias en el relato de sus habitantes

Abordaremos la reconstrucción histórica sobre el funcionamiento de las colonias, eje que cobró importancia ante la ausencia de estudios que hayan focalizado en esta problemática. En los relatos de los entrevistados, las colonias aparecen como una referencia importante de la vida social, como ese espacio aglutinante de las prácticas sociales, así como de diversos actores en tiempos de zafra. La cosecha de la caña aparece como la referencia esa que marcaba el tiempo de la migración de cientos de trabajadores de Santiago del Estero, Catamarca y de los valles.

Como se mencionó anteriormente, desde la fundación del ingenio se fueron anexando fincas y terrenos como colonias del Ingenio Santa Lucía. Estas se van a ir ampliado con el paso

de los años, teniendo su crecimiento más grande a partir de la conformación de la Cía. azucarera Santa Lucía. Una de las últimas colonias, compradas fue la finca “El Carmén” en San José de Flores, en el año 1939.

De estas colonias, Lucía Mercado (2003) menciona el desarrollo de solo algunas de ellas, tal es el caso de la Colonia Santa Mónica, que tuvo su origen en dos hermanos llegados de España, Eduardo y Pedro Rodríguez, que comenzaron a trabajar como encargados de la Finca Santa Mónica, a la orilla norte del pueblo. Desde comienzos de siglo a esta colonia fueron un gran contingente de peladores de caña, incluso algunos de origen árabe, que participaron del trabajo de pelar caña. Los traía un contratista que arreglaba la paga y trabajaban en los surcos, y cuando terminaba la zafra se iban (Miguel Eduardo Rodríguez en Mercado, 2003.pp 162-163), o el caso de la Colonia de Santa Elena que tras la muerte de unos de los primeros colonos en 1917 queda a cargo el mayordomo, Roque Argañaraz. En general poco se conoce de la configuración espacial y de la vida cotidiana de las colonias, sobre este apartado queremos profundizar en este trabajo.

La planta de trabajadores se ampliaba durante la zafra con el gran número de trabajadores temporarios que eran ocupados durante la misma. Para la mayoría, era el primer trabajo asalariado con perspectiva de jubilación y cobertura médica. La mayoría en sus lugares de orígenes eran campesinos, agricultores, pastores, artesanos, etc. santiagueños, catamarqueños o los “coyas” como le llamaban a los que venían de Tafí del Valle, el Mollar, el Infiernillo, Ampimpa, Amaicha, Los Zazos, Santa María, Fuerte Quemado (Mercado, 2007).

Estos trabajadores eran contratados para el trabajo en el surco, pero en las colonias no tan solo se realizaba el pelado de la caña, también se iba al desmonte, 15 o 20 días metidos monte adentro para sacar leña que se usaba como horcones para vivienda y para combustible. En este caso el trabajo se organizaba con 20 o 30 hombres y también llevaban a una mujer para que les cocine durante el periodo que se encontraban desmontando. Pero las mujeres asumían otros tantos roles, las colonias en tiempos de

zafra tenían una gran proporción de mujeres zafreras. Las mujeres impregnaron los campos azucareros compartiendo las agotadoras jornadas de trabajo y las pésimas condiciones de salubridad y vivienda (Nassif, 2021).

Las colonias de un ingenio se encontraban al mando del jefe de campo a quienes respondían los mayordomos de cada colonia. El mayordomo de colonia disponía a su vez de dos encargados, el capataz del cerco que atendía la pelada de caña y el capataz de tropa que atendía los arados, las mulas, las cadenas para cargar caña. En algunos casos de colonias de pequeñas dimensiones una misma persona cumplía estas funciones (Rosenzvaig, 1999).

El ingenio Santa Lucía contaba con varias colonias que dependían de la fábrica, entre ellas se hace mención a la Colonia de Santa Elena, La Grúa, La aceitera, la colonia de las Dulce, a la finca Santa Mónica, la Finca Argañaraz, Los Laureles, Fagalde, Zavalía, la colonia de Caspinchango y unas de las más alejadas: Negro Potrero y los Canales. *“Y bueno..las dulce. Las Mesadas, la Ciénega, como 13 había. Para corona..aquí venía mucha gente..en las colonias habían muchísima gente”* (Entrevista F). Algunas de ellas mencionadas con el nombre de su encargado como es el caso de la Finca Santa Mónica que estaba a cargo del señor Pedro Rodríguez.

estaba Santa Elena, estaba la Grúa, Zavalía, Fagalde, estaban Las mesadas, Potrero Negro, las Dulce (...) las colonias eran santa Mónica, las dulce, santa Elena y la finca que tiene los Argañaraz esa eran las colonias, Zavalía también era colonia. (Entrevista M, realizada por la autora)

había una..Argañaraz una, las mesadas serían dos, otra de los Rodríguez serían tres, otra de aquí de arriba que le llamaban Cañizares serían 4, no 5 o 6 más o menos por ahí..Caspinchango era colonia también? Claro sí.. (Entrevista B ², realizada por la autora)

El siguiente relato es de una pobladora oriunda de los Zazos que relata esa época donde venían con su familia a la cosecha de la caña.

2. Ex trabajador del Ingenio Santa Lucía y ex dirigente del sindicato de Fabrica y Surco del Ingenio.

“Yo cuando venían mis padres sabía ser muy chica tenía 4 o 5 años (...) Muchísimas, por que venían de distintos pueblos. (...) Venían de Santa María, de colalao, de cafayate..de todos esos lugares (...) Si para venir cantando, de todo se hacía. (...) Cantábamos cantos de alla, la gente cantaba lo que le llamamos tonada. ¿Venían los copleros también? Claro. Los copleros. (...) Y cuando llegaban aca como eran los días cuando desembarcaban? Y frio frio, sabe ud que hacían los dueños de ingenio, que entonces eran las colonias que le llamo, preparar unos ranchos para la gente. Unos ranchitos..unas quinchas..unas cuantas chapas..algunos le daban chapa..y ahí pasábamos los tres meses de cosecha que eran agosto, septiembre y octubre. Y bueno después la gente se volvía ya con lo que se trabajaba, se ganaba..los que eran más guapos ganaban más..como los limoneros..y nos volvíamos ya a la casa..() Y bueno, como en cualquier casa nos daban a cada uno un rancho para que estemos ahí”. (Entrevista F ³, realizada por la autora)

En los relatos es un hecho frecuente la mención a las condiciones laborales en el surco, principalmente el trabajo de toda la familia, de las mujeres, de los niños. “*Y bueno mi hermano desde chico debían tener 13 o 14 han empezado desde chico tirando caña e inclusive han dejado la escuela*”. (Entrevista L ⁴). Con jornadas de sol a sol, la familia completa realizaba las tareas en el surco con el fin de entre todos los integrantes del núcleo familiar trabajando poder conseguir para subsistir.

bueno pa que le voa deci', ibamo' a las 5 de la mañana y saliamo' a las 5 de la tarde.. se trabaja de sol a sol en la caña... he trabajao' con mi'hijo (Entrevista a P ⁵).

Los niños, *estábamos en la casa, después cuidábamos los animales..y ya cuando me hice más hombre ya hemos salido a trabajar [] al surco, a cortar madera, con bueyes* (Entrevista a S).

3. Entrevista a antigua trabajadora de la salud de la zona del Ingenio Santa Lucía, la misma oriunda de los valles viajó a Santa Lucía en época de zafra y ya de adulta vivió en la localidad.

4. Habitante de la colonia Santa Elena, de familia de trabajadores del surco, actualmente vive en la localidad de Santa Lucía.

5. Ex trabajador del Surco.

El trabajo a destajo fue generando la práctica de que los trabajadores partieran lo más temprano al surco para poder cosechar mayor cantidad de caña y obtener así una mejor paga. Trabajar a destajo implicaba no tener derechos algunos ni a domingo ni a feriados ya que lo que se cobraba era por lo cosechado. Trabajaban muchas mujeres en el surco, algunas de ellas incluso embarazadas.

y había muchas mujeres en el surco? Sí —Y alguna de ellas participaba de la reunión (DEL SINDICATO) o no? —no. -Solo iban los hombres... antes trabajaban mucho las mujeres” (Entrevista A⁶, entrevista realizada por la autora)

En la caña si ahí ya trabajan desde los chicos hasta los grandes porque a los chicos los ocupaban para que hagan los apilados de la caña para cargar en los carros. ¿Y las mujeres también que hacían?

También hacaban igual como los hombres. Había mujeres muy guapas se hachaba la caña, se pelaba y se ataba los carros..nose si era más guapa la gente o más necesitaos”. (Entrevista F)

Las mujeres querían trabajar en la caña y trabajaban en la caña. Yo te digo porque yo cuando me he juntado con mi señora ella tenia 3 chicos y ella se caso bien joven...y dejo al marido en la ciudad [] ella iba a voltear caña conmigo, le ayudaba a cargar los carros (Entrevista a P⁷, entrevista realizada por la autora)

La mayor parte de los niños de las familias que habitaban las colonias no tenían escolaridad o las que tenían terminaban abandonando los estudios a medida que se hacían más grandes para poder trabajar.

cuanto tenían 15 años, hemos ido a Las Dulce. Y de ahí hemos empezado a trabajar para los Avellaneda. Acá se araba con mula, y bueno yo arriaba las mulas. ¿Hacia como las figuras de los surcos? Si si los surco. Y ahí ya entre desde los 14 años, igual ya antes trabajaba ayudando a mis padres. Uy nosotros habíamos

6. Entrevista a Ex trabajadora del surco.

7. Zafrero de la colonia Las mesadas.

sido 10. ..y bueno unos mayores. Otros muchachos más. Y así unos han ido a trabajar y otros los hemos criado nosotros. Igual se vivía sin escribir, sin leer”. (Entrevista C ⁸)

Las escuelas quedaban muy alejadas, en el poblado principalmente. Recién en la década del 50, se conforman algunas escuelas en las colonias, tal es el caso de la Escuela N° 380 de Las mesadas fundada en el año 1957. Algunos de los entrevistados relatan sus primeros años de escolaridad en esta escuela:

nosotros íbamos a la escuela ahí para las mesadas por que como el rio crecía cuando eran tiempo de verano entre nos convenía ir más lejos y más peligroso porque uno tenía que ir por el medio de las cañas. (Entrevista L).

Los relatos de la vida en la colonia, dan cuenta de una vida cargada de trabajo pero también remarcan los vínculos de solidaridad existentes. Algunos de ellos también nos dieron una descripción de la forma que adquirirían estas colonias, y como eran las viviendas de los habitantes de las mismas.

Y bueno era una vida tranquila la gente era osea eramos comedidos uno a los otros [] alguien ponía verdura y uno le daba al vecino.. hacian pan y le llevaban pan al vecino, mataban un chanco una vaca o lo que sea y si convidaba (Entrevista a L).

Así como también las actividades sociales que aglutinaban algunas de ellas, como el caso de Finca Santa Mónica y Santa Elena que tenían canchas de bocha y donde se llevaban a cabo los torneos de este deporte, así como también los torneos de futbol donde competían equipos de cada una de las colonias (Figura N°2 y N°3).

8. Ex trabajador del surco.

Figura N° 2.
Torneo de bocha. Década de 1960.



Fuente: vecinos de Santa Lucía.

¿Y cómo era la colonia? Así una sola calle y en la orilla estaban las casitas. ¿Y eran una casa por cada familia? Bueno si cada casa había una familia. Era lindo. Había negocios y todo. Ya no hay nada la gente se ha ido (...) Y bueno..allá en negro potrero eran de tabla. Casas eran precarias..y ahí se organizaban también así si había una calle y había casas para aquí y casas para allá..y ahí un poco más adelante había un canchón..así se cargaban las cañas y de ahí para arriba ya había una casa como al kilómetro (...) más alejada..ya toda esa gente tenía hacienda ahí. (Entrevista N° 11)

Figura N°3.

Torneo de futbol de las colonias. Década de 1960.



Fuente: vecinos de Santa Lucía

“Y había bastantes porque además había venia la gente que venía para trabajar la caña y había más gente..Sabia haber campeonato de bocha de futbol...(…) Y bueno era una vida tranquila la gente era osea éramos comedidos uno a los otros (...) alguien ponía verdura y uno le daba al vecino. Hacían pan y le llevaban pan al vecino, mataban un chanco una vaca o lo que sea y si convidaba. (...)eso ha sido re lindo porque uno no pasaba hambre no pasaba muchas necesidades (...)Pero cada casa tenía 4 casas..[]Había cuatro casas porque cada casas..los conventillos tenían cuatro casas (...)se salía a la galería y bueno ya después se salía para el frente y ahí saliendo de la galería saliendo al frente había una calle, que era esta (...) bueno esa calle seguía y seguía,..había como una acequia y había más gente que vivía si yendo para el fondo...(…) Si había, pero eran de otro tipo, eran de madera (..) y esa calle era la que se iba para los sosa, la aceitera, la grúa. Y bueno había para acá había una cancha de futbol [] al costado de la calle y bueno ahí por la orilla de la calle había casas y detrás de la cancha había casas de madera (...) eran casas chiquitas (...) Los surcos estaban más allá” (Entrevista N°16)

En las colonias habían muchísima gente..los domingos se jugaba al futbol un montón. De gente..Había campeonato. (Entrevista N°18)

Luego del cierre del ingenio el impacto sobre los habitantes sería muy grande, en algunas colonias empezó el éxodo de habitantes, otras se mantenían mediante a producción de caña que vendían a otros ingenios. Este proceso culminaría con el despliegue militar en las zonas de las colonias, estableciendo un control estricto por parte de los militares, generando un sinnúmero de detenciones y desapariciones, sino también otra consecuencia en algunas de ellas que fue directamente el fin de la colonia, trasladándose sus habitantes a otras colonias o al poblado mismo producto del hostigamiento que sufrían por parte de los militares en el caso de la colonia de Negro Potrero o directamente por disposición de los militares como en el caso de la colonia de Las Dulce (Cattaneo, 2022).

Una vez acabada la dictadura y que se retiran los militares de la zona el paisaje de numerosas colonias y extensiones de surcos de cañas había cambiado, en muchos casos la caña fue cambiada por la producción citrícola. Los antiguos cañaverales que llegaban hasta el piedemonte fueron transformados por latifundios de limoneros. El paisaje de los cañaverales y las colonias de ingenios fue transformado por arboledas de limones.

Conclusiones

Las colonias azucareras de los grandes ingenios azucareros de la provincia, constituyeron un espacio particular de la agroindustria tucumana, aglutinante de mano de obra permanente y estacional pintaron el paisaje del interior tucumano. Estos espacios que aglutinaban un sinnúmero de trabajadores en condiciones de mucha precariedad fueron parte del mundo laboral de la provincia.

Centrados en los grandes ingenios y sus poblados, la historiografía ha tendido a dejar de lado el estudio de estos espacios, crisol de mundos diversos que confluían en la zafra. El relato de sus habitantes da cuenta de ese mundo donde la pobreza, el trabajo de sol a sol eran la norma; pero también fueron el espacio de los agrupamientos, de los torneos y de la solidaridad entre las familias trabajadoras. En este trabajo nos centramos en la vida de aquellos quienes habitaron las colonias del ingenio Santa Lucía en el sur tucumano. A partir del relato de sus habitantes quisimos adentrarnos en la vida cotidiana de estos espacios.

Bibliografía

Campi, D. (2009). Contrastes cotidianos: los ingenios del norte argentino como complejos socioculturales, 1870-1930. *Varia Historia*, 25, 245-267.

Campi, D., y Bravo, M. C. (1999). La agroindustria azucarera argentina. Resumen historiográfico y fuentes. *América Latina en la Historia Económica*, 6 (11), 73-93.

Cattaneo, C. (2022). “Colonias desaparecidas”: el impacto socioterritorial de la violencia en el ámbito rural de la provincia de Tucumán (1975-1983). *Folia Histórica del Nordeste*, (45).

Centurión, J. (2009) “Cultura y Sociedad en los pueblos Azucareros”. Tesis de Licenciatura, Universidad Nacional de Tucumán. 261

Crenzel, E. A. (1997). Tucumán 1975: La primera fase del ‘Operativo Independencia’, un análisis de las reflexiones de su conducción acerca del mismo. *Argentina: las raíces históricas del presente*. Rosario: Escuela de Historia, Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario.

Guy, D. (2008). *Política Azucarera argentina: Tucumán y la generación del 80*. EDUNT. Tucumán.

Gutiérrez, F. (2014). La irrupción del poder obrero en los ingenios azucareros: avances, límites y cuestionamientos. Tucumán, 1944-1949. *Quinto sol*, 18(2), 1-23.

Guzmán, R. (2018). Los pueblos de ingenios como espacios heterotópicos: Narración y política. *Heterotopías*, 1(1).

Isla, A. (2003). Los usos políticos de la memoria y la identidad. *Estudios atacameños*, (26), 35-44.

Landaburu, A. (2015). Paternalismo empresarial y condiciones de vida en los ingenios azucareros tucumanos. Fines del siglo XIX y principios del XX. *Historia Regional*, (33), 27-49.

Lichtmajer, L., Gutiérrez, F., y Santos Lepera, L. (2016). La comunidad laboral del ingenio Bella Vista: la resignificación de la experiencia obrera en

los inicios del peronismo. *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras*, 21(1), 213-236.

Mercado, L. (2003). *El Ingenio Santa Lucía de Tucumán. Los primeros habitantes*. Buenos Aires, Edición de Autor.

-----(2007). *El Gallo Negro. Vida, pasión y muerte de un ingenio azucarero*. Buenos Aires, Edición de Autor.

Nassif, S. (2012). *Tucumanazos, Una huella histórica de luchas populares. 1969-1972*. Instituto de Investigaciones histórica "Dr. Ramón Leoni Pinto". Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Tucumán.

Nassif, S. G. (2021). Mujeres trabajadoras del azúcar: clase, género e identidad en el sur tucumano. *Historia Regional*, (44), 1-19.

Paolasso, P. (2004). *Geografía de Tucumán*. San Miguel de Tucumán, La Gaceta.

Paterlini de Koch, O. (1987). *Pueblos azucareros de Tucumán*. Instituto de Investigaciones de Historia de la Arquitectura y del Urbanismo, Imp. Tucumán.

Pucci, R. (1986). *Tucuman, 1880-1917: su estructura economico-social. Pautas para una investigación del despegue azucarero*, *Cuadernos de Historia Regional*, Universidad Nacional de Luján, Buenos Aires. (5).

-----(1992) *La población y el auge azucarero en Tucumán*, Breves Contribuciones del Instituto de Estudios Geográficos, Facultad de Filosofía y Letras-UNT, Tucumán. (8),

-----(2007). *Historia de la destrucción de una provincial*. Buenos Aires, Argentina. Ediciones del Pago Chico.

Rosenzvaig, E. (1999). *La Cepa. Arqueología de una Cultura azucarera*. Tomo III Enciclopedia. Editorial Letra Buena- UNT. Tucumán

Vidal Sanz L. I. (2013). *Desarrollo azucarero y educación: los establecimientos escolares ubicados en espacios del Ingenio Santa Ana. Tucumán, siglo XIX y comienzos del siglo XX. XIV Jornadas Interescuelas/ Departamentos de Historia*. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.